

Creo en Dios

Francisco Sanguino y Rafael González

PERSONAJES

CELIA.

HERMINIA.

HERMINIA.- Cuando era pequeña, vivía en un piso once y tenía un *hamster*. Un día salí al balcón y lo dejé caer en paracaídas. No llegó a abrirlo. Ahí comenzaron todos mis problemas. Algunos años después me subí a un tren y conocí a Celia.

CELIA.- De niña trabajé como actriz en algunas películas porno. Un día, mi padre se cansó de mí y me metió en un internado. Desde entonces, he vivido con muchos hombres. Hasta que me cansé de dejar mensajes en la nevera y me subí a un tren; allí conocí a Herminia.

TREN

HERMINIA y CELIA sentadas en dos butacas de un tren. HERMINIA lee una revista, CELIA escucha música con un *walkman* y lleva puestas unas gafas de sol. HERMINIA cierra la revista y la coloca sobre sus rodillas. CELIA toma la revista de HERMINIA y HERMINIA la mira extrañada. HERMINIA saca un cigarrillo. CELIA mira la revista pasando las hojas con rapidez. HERMINIA busca su encendedor. CELIA la observa. HERMINIA lo enciende. CELIA mira las manos y los ojos de HERMINIA. HERMINIA busca el cenicero, lo encuentra en el extremo del reposa-brazos. CELIA la mira fijamente. HERMINIA deja caer la primera ceniza. CELIA, sin dejar de mirarla y sin oírse por culpa de la música, dice:

CELIA.- No se puede fumar.

(HERMINIA la mira extrañada, no por la negación, sino por el grito innecesario. CELIA insiste con la misma intensidad, como si HERMINIA no entendiera el idioma. CELIA señalando el dibujo sobre la ventana:)

No fumadores.

HERMINIA.- Ah.

(HERMINIA no dice nada más, pero ese «Ah» se entiende como una disculpa fingida. HERMINIA apaga con decisión y cabreo el cigarrillo, golpea suavemente el hombro de CELIA y, mientras ésta se quita los auriculares, dice con un tono ciertamente áspero:)

Gracias.

CELIA.- De nada. (Pasa las últimas hojas de la revista y se la entrega a HERMINIA.) Gracias.

HERMINIA.- De nada.

(Es HERMINIA quien pasa ahora las hojas. CELIA mira por la ventana, sigue el ritmo de la canción con la punta del zapato. HERMINIA saca un libro e intenta leer.)

CELIA.- (Le ofrece la mano.) Me llamo Celia. ¿Crees en la manipulación genética?

HERMINIA.- (Le estrecha la mano.) ¿Cómo?

CELIA.- Que si crees en la manipulación genética, eso de que pueden hacer gente repetida...

HERMINIA.- Pues, no lo sé.

CELIA.- No, supongo que no será cierto.

(Un silencio.)

¿Cómo te llamas?

HERMINIA.- Herminia.

CELIA.- Herminia, debes de tener los pulmones totalmente podridos.

HERMINIA.- (Deja la lectura.) ¿Qué?

CELIA.- Tus pulmones.

HERMINIA.- (Se mira el pecho.) ¿Mis pulmones?

CELIA.- Sí. Estarán podridos.

HERMINIA.- (Comprende.) Puede. (Y vuelve a lo suyo.)

CELIA.- No deberías fumar.

HERMINIA.- Ah, ¿no?

CELIA.- No.

(Otro silencio.)

Oye...

HERMINIA.- ¿Qué?

CELIA.- ¿Sabes qué es lo que más me gusta en este mundo?

HERMINIA.- No.

CELIA.- Las tías.

HERMINIA.- Vaya.

CELIA.- En serio, te lo digo de verdad. Las tías son el sexo perfecto. En realidad, son el único sexo. Los tíos no son más que una mutación atrofiada del sexo femenino. Estoy convencida. No hay más que un sexo. Los tíos no son nada, absolutamente nada. Son como la mierda que dejaron los americanos en la luna. Si es que alguna vez estuvieron allí. ¿Crees que Jesucristo tuvo novia?

HERMINIA.- ¿Jesucristo?

CELIA.- Sí.

HERMINIA.- Ni idea.

CELIA.- En tu revista dice que sí la tuvo.

HERMINIA.- Pues será verdad.

(Un silencio.)

CELIA.- Si un día llamaran a tu puerta y fuera un tío disfrazado de paloma mensajera que te dijera: «Hola, soy el Espíritu Santo y vengo en forma de paloma», ¿te lo creerías?

HERMINIA.- No lo sé.

CELIA.- Si una mujer se cree eso es que no conoce a los hombres.

(CELIA queda en silencio: se da cuenta de que a HERMINIA no le ha hecho ni pizca de gracia el comentario. HERMINIA llega a la página de los pasatiempos, busca un bolígrafo, no encuentra. CELIA se da cuenta de que lo tiene ella, que lo sacó no sabe cómo de alguna parte.)

Tu lápiz.

HERMINIA.- Gracias. (Comienza a escribir, pero se siente observada.) ¿Qué?

CELIA.- Nada. Es un crucigrama, ¿no?

HERMINIA.- Autodefinido.

CELIA.- Eso. (CELIA que no le quita ojo al autodefinido, lee al pie de página:) «Apéndice par articulado que poseen los arácnidos y merostomas en la parte anterior del cefalotórax, con funciones defensiva y prensil».

(HERMINIA la mira y respira hondo.)

¿No lo sabes?

HERMINIA.- No.

CELIA.- ¿No lo sabes?

HERMINIA.- No, no lo sé.

CELIA.- Quelíceros.

HERMINIA.- ¿Quelíceros?

CELIA.- Con Q.

HERMINIA.- (Coloca cada letra en cada casilla.) Con Q.
Y tú, ¿cómo lo sabes?

CELIA.- Porque lo pone al final.

(CELIA vuelve a mirar por la ventana. HERMINIA sigue en lo suyo, pero CELIA, por mero aburrimiento, vuelve a echar un ojo al autodefinido donde HERMINIA escribe algo.)

No.

(HERMINIA mira molesta las gafas de sol de CELIA.)

Perdón. Pero no es «naya», es «Noya».

HERMINIA.- (Corrige apretando fuerte el bolígrafo.)
Noya.

CELIA.- Es un río.

HERMINIA.- Ah, ¿sí?

CELIA.- Sí.

HERMINIA.- Mira tú qué bien.

(CELIA sonrío, cruza los brazos. HERMINIA sigue leyendo y anotando. Al cabo, CELIA lanza un chasquido. HERMINIA la mira rápido, como si se le soltara de golpe el muelle. CELIA le dice que siga en lo suyo, que no ha dicho nada: todo con un único gesto de manos. HERMINIA cierra la revista y le pregunta:)

¿Quieres hacerlo tú solita?

CELIA.- No, gracias; no me apetece.

HERMINIA.- ¿No te has traído el ajedrez magnético?, ¿el tetris?, ¿un libro, una revista? ¿Quieres mi revista?

CELIA.- Oye, no hace falta que te pongas así, creo que te estás pasando.

HERMINIA.- ¿Que me estoy pasando? Pero si no has parado en todo el viaje: te has levantado a mear veinte veces, me has preguntado cuarenta dónde estábamos... ¡Y yo qué coño sé dónde estamos! Me has quitado el *walkman* y tengo el brazo deshecho por culpa de tus codazos.

CELIA.- Perdona. Sólo pretendía entablar una conversación.

HERMINIA.- ¿Entablar? ¡Si sólo te falta atarme los pies y las manos y colocarme un flexo en la cara!

CELIA.- Lo siento, no me he dado cuenta.

HERMINIA.- Pues deberías...

CELIA.- ¡Ya te he dicho que lo siento!

(Ambas se callan. CELIA le devuelve a HERMINIA sus cosas y se cruza de brazos: antes o después se le pasará.)

Oye...

HERMINIA.- ¿Qué?

CELIA.- ¿Crees que realmente estuvieron allí?

HERMINIA.- ¿Dónde?

CELIA.- En la luna.

(Oscuro.)

PARADA DE TAXIS

CELIA.- Hola.

(HERMINIA se creía liberada de la pesadilla-CELIA. El nuevo encuentro no la hace muy feliz. En absoluto. Así que le da la nuca.)

¿Vas a tomar un taxi?

(HERMINIA no responde.)

Que si vas a tomar un taxi, preguntaba.

HERMINIA.- ¿Me dices a mí?

CELIA.- Pues claro.

HERMINIA.- No, no me dices a mí.

CELIA.- Claro que te digo a ti. ¿Hay alguien más? No. Entonces.

HERMINIA.- ¿Nos conocemos?

CELIA.- Claro.

HERMINIA.- Creo que te has confundido de persona.

CELIA.- No me he confundido de persona, nos conocemos. Te llamas Herminia.

HERMINIA.- No.

CELIA.- ¿Cómo que no? Te llamas Herminia.

HERMINIA.- Te equivocas. Mira, yo no te conozco de nada. Ni siquiera me llamo Herminia. Me llamo Manolo y soy un transexual peligroso. Así que aléjate: corres un gran peligro, aunque no lo parezca.

CELIA.- Perdona, pero yo no quiero nada de ti, Herminia.

HERMINIA.- Manolo.

CELIA.- Sólo quería saber si vas a tomar un taxi.

HERMINIA.- ¿Y para qué lo quieres saber?

CELIA.- Porque podemos tomarlo juntas. Es una manera muy corriente de ahorrarse un dinero. Se hace en todas partes.

HERMINIA.- Yo no necesito ahorrarme ningún dinero.

CELIA.- ¿Y qué? Yo sí.

HERMINIA.- El autobús es más barato.

CELIA.- No me gusta ir en autobús. Me pongo a pensar y se me pasa la parada.

HERMINIA.- Pues te concentras en lo que estás haciendo, o le dices a alguien que te avise cuando llegue tu parada.

CELIA.- ¿Y si no hay nadie?

HERMINIA.- Márchate, por favor.

CELIA.- ¿Y si...?

HERMINIA.- Que te largues.

CELIA.- ¿Por qué?

HERMINIA.- Porque no pienso ir a ninguna parte contigo.

CELIA.- ¿Sabes lo que te pasa a ti?

HERMINIA.- A mí no me pasa nada.

CELIA.- Sí que te pasa. A ti lo que te pasa es que eres xenófoba. Es eso lo que te pasa. Pues no te preocupes, porque no soy argelina, ni boliviana, ni del Senegal...

HERMINIA.- (Indicándole con una mano por dónde se va a la mierda.) Por favor...

CELIA.- No me pienso largar.

HERMINIA.- Bueno, pues quédate.

CELIA.- Claro que me quedo.

(Un silencio.)

Vas a casa, ¿no? (No recibe respuesta, luego insiste:) ¿Vas a casa?

HERMINIA.- Es posible.

CELIA.- ¿Sabe tu amigo que llegas?

HERMINIA.- No tengo ningún amigo. (Casi para sí.)
Bueno, tengo un canario.

CELIA.- ¡Esto es asombroso! ¡Yo tampoco tengo amigos!
¡Nunca he tenido amigos! Bueno, tenía un hermano pequeño,
pero murió a los siete años. Se salió de la carretera. Se salió de
la carretera, se dio con la mediana y... Bueno, ahí se acabó la
historia. ¡El pobre...! Se llamaba Pereira. Mi madre le había
puesto ese nombre porque estaba enamorada de Luiz Pereira, el
defensa del Atlético de Madrid. Iba con mi padre al hospital
porque estaban a punto de operar a mi madre del hígado. Mi
hermano se salió por la ventanilla trasera. Yo estaba en una
acampada, así que no me lo pudieron decir hasta que...

HERMINIA.- Bueno, déjalo ya.

CELIA.- Pero, si no te he contado lo mejor...

HERMINIA.- No importa, da igual. De acuerdo: puedes
acompañarme.

CELIA.- ¡Cojonudo!

HERMINIA.- Pero sólo parte del trayecto, ¿vale?

CELIA.- ¿Sólo parte? ¿Por qué? ¿Qué quieres?, ¿que salte del
taxi cuando a ti te venga bien? Tú te crees que yo soy idiota.
Pues no, en absoluto, te has equivocado conmigo, te has
equivocado de lado a lado. O todo el trayecto o nada.

HERMINIA.- (Se encoge de hombros.) Bueno; pues
entonces, nada.

TAXI

CELIA.- A los dieciséis huí del internado donde me había metido mi padre. Me escapé con Alfonso Santiesteban, el interior zurdo del Salamanca Aficionados. Nos fuimos a Zamora, y allí pusimos un vídeo-club porno. Todo fue sobre ruedas hasta que un día Alfonso encontró por casualidad una de las cintas en las que trabajaba yo. Entonces se cabreó mucho, derramó varias botellas de aceite de oliva en el suelo de una habitación y me puso a patinar sin patines. Cinco horas más tarde no me quedaba un solo hueso sano en el cuerpo. Tuvieron que escayolarme de arriba abajo. Cuando me recuperé, me largué de Zamora y conocí a Andrés. A Andrés lo dejé por Toni. Por cierto, que Andrés estuvo en lo de Chiapas. Y Toni vive ahora en Bruselas. Emilio murió: se empotró en un camión con la moto. Y Rafa agarró una depresión de cojones por culpa de la prestación social obligatoria: lo mandaron a Cruz Roja. Óscar tuvo un niño con Jaime, o con Aurelia, no sé. Luego conocí a un tío que tenía negocios en Chile, Salvador, y quiso que me fuera con él. Pero me llamó Santiago porque se iba de empalmador de cables a la Argentina y preferí irme con Santiago a la Argentina que a Chile con Salvador. Y en Buenos Aires conocí a César. César y yo nos volvimos a España. Hasta que César me dejó por Sara, que trabajaba en el WWF.

HERMINIA.- ¿Qué?

CELIA.- WWF. Me habría gustado volver con mis padres, como hace la gente de bien, pero no era posible: mi padre seguía en Ibiza y mi madre... ¿Quién sabe dónde andará esa mujer?

HERMINIA.- (Apaga el cigarrillo como si le hubiera entrado de repente una prisa irreparable y le dice al taxista.) Pare aquí, por favor. (A CELIA.) Bueno, ya hemos llegado. Si bajas por esta calle verás una boca de metro. Encantada de conocerte...

CELIA.- Celia.

HERMINIA.- Celia.

CELIA.- Oye...

HERMINIA.- ¿Qué?

CELIA.- ¿Te he contado lo de mi tío Modesto?

HERMINIA.- Por favor, Celia, el taxímetro está corriendo.

CELIA.- Ah, sí, perdona.

HERMINIA.- Bueno, pues adiós.

CELIA.- (Se levanta, o lo intenta, porque un ataque agudo de lumbalgia imaginaria amenaza con dejarla parapléjica. Vuelve a sentarse.) Necesito ir a tu casa.

HERMINIA.- (Que se huele el truco.) Oye, vamos... Hicimos un trato, ¿te acuerdas?

CELIA.- (Se percata de que el truco del espinazo jodido no da resultado. Cambia de táctica.) Necesito llamar por teléfono. Hazme ese favor, por favor.

HERMINIA.- Baja la voz. El taxista se está mosqueando.

CELIA.- Me salvas la vida, tía.

HERMINIA.- Pero...

CELIA.- No me jodas. Un poco de solidaridad, ¿no?

HERMINIA.- (Otro instante de reflexión; éste, más largo.) Bien. Pero una llamada y te largas.

CELIA.- Te lo juro. (Se acomoda. Al taxista.) Puede seguir.

CELIA

A mí no me gustaba demasiado ese trabajo, pero como Herminia se empeñó en que lo aceptara, no tuve otro remedio. Tampoco el de ella era muy bueno: limpiaba y hacía las camas en un hotelucho, además de huir del macarra del director. Herminia decía que ahorrara durante unos meses y que alquilara luego un apartamento. Lo negaba, pero yo estoy segura de que no le hacía ni pizca de gracia que llevara ya más de un mes metida en su casa. No sé por qué razón, porque ella iba a su rollo y yo al mío. Pero es que vivimos en una sociedad terriblemente insolidaria. Aquí cada uno se centra en lo que le toca y el entorno le importa un carajo.

Lo que más me jodía del empleo en la gasolinera era ver al cerdo del dueño, Fresneda, contando billetes todo el puto día. El tío pesaría unos ciento ochenta kilos y sudaba como si le ardieran las tripas. Un día, estaba él en el aseo y me asomé, y lo que vi no se puede describir con palabras: estaba mirando una foto de un periódico en la que un *hooligan* del Manchester United le levantaba la camiseta a una amiga suya y se le veía una teta de kilo y medio. Fresneda miraba la foto como un poseso al tiempo que se la intentaba cascar, pero como no se le ponía dura ni a la de tres, el trajín le hacía forzar la respiración y parecía que el síncope estaba más que asegurado. Me tuve que largar de allí porque no podía contener la risa. A la media hora salí absolutamente empapado y abanicándose con el periódico. Me dijo: «¿Cómo puede hacer este calor en pleno abril?» Y se metió en la oficina a contar billetes, otra vez a contar billetes, el muy cabrón... Creo que fue entonces cuando la idea de hacerme rica a su costa se instaló definitivamente en mi cabeza.

CASA

HERMINIA.- Lo único que he dicho es que me gustaría ir para enseñarles a leer. Nada más.

CELIA.- ¿Y por qué tienen que saber leer?

HERMINIA.- Porque si no saben leer, nunca saldrán del agujero. Sólo intento echarles una mano...

CELIA.- ¿Sabes qué les pasará si les echas una mano a esos negritos?, ¿lo sabes?

HERMINIA.- ¿Qué?

CELIA.- Que se la comerán. Y entonces tendrás que regresar, porque allí serás una inútil con tu muñón, y acudirás a mí, y yo, como soy una idiota, te diré que te quedas, y te pasarás todo el santo día sentada en un sillón, lamentándote y contándome cómo son las Jirafas en África, y los cocodrilos, y quejándote de los programas de televisión y de la comida que hago. ¡Y tendré que estar de enfermera perpetua, y seguramente se te engangrenará el brazo y tendré que cambiarte las gasas cuando se te llenen de pus, y qué sé yo...! Seguro que acabaré matándote y echándote por el váter, seguro.

HERMINIA.- ¿Qué tiene de malo saber leer y escribir?

CELIA.- (Declamando.) ¡Escribir, leer...! Y luego, ¿qué? Los matarán, prostituirán a sus mujeres y dedicarán a sus hijos al tráfico de órganos para trasplante o al reciclaje de papel para los países nórdicos.

HERMINIA.- Te has pasado.

CELIA.- ¡En absoluto! Sólo tienes que leer la prensa o sentarte un rato frente al televisor y entenderás lo que digo.

HERMINIA.- Sí, seguramente vas a tapar tú el agujero de ozono o vas a arreglar el efecto invernadero o nos vas a sacar a todos de la crisis sentada frente al televisor.

CELIA.- (Se estira en el sofá.) Anda, date una vuelta, por favor, te hace falta un poco de aire fresco.

HERMINIA.- Dátela tú. **(Hace lo mismo, pero al otro lado.)**

CELIA.- No me apetece: está lloviendo.

HERMINIA.- Pues a mí tampoco.

CELIA.- Te coges un paraguas.

HERMINIA.- Te lo coges tú.

CELIA.- Te coges un paraguas, te coges la chaqueta y te vas a la mierda.

HERMINIA.- Te coges tú todo eso y a la mierda te vas tú.

CELIA.- ¿Es que no puedo ver tranquilamente la película?

HERMINIA.- ¿El qué?, ¿eso?

CELIA.- ¡Lo que se me antoje! ¿Qué pasa?, ¿qué eres: del Ministerio de Cultura? ¡Llevo media hora oyéndote decir que si hay que enseñar a leer y escribir a los negritos de no sé dónde y no me dejas ver la película!

HERMINIA.- Guanare. Y no está en África, está en Venezuela.

CELIA.- ¡Donde sea!

HERMINIA.- Yo no me marchó. Voy a quedarme a ver la televisión: me encantan los culebrones.

CELIA.- No es un culebrón; es *La matanza de Texas*.

HERMINIA.- ¡Joder! Es la tercera vez que la pones.

CELIA.- Pues ya sabes: si no te gusta, te largas.

HERMINIA.- ¿Qué?

CELIA.- Lo que has oído.

HERMINIA.- Ésta es mi casa.

CELIA.- Y éste mi vídeo.

HERMINIA.- Oye, tía, me parece que debo recordarte algo: viniste a hacer una llamada de teléfono y llevas un mes. Y si compraste el vídeo fue porque te dio la gana, que yo muy tranquila que estaba sin esa mierda. ¿Entendido?

(Ambas se miran para matarse, pero no lo logran. Se callan un momento, vuelven sus cuatro ojos hacia la masacre televisiva, se relajan después de tanta tensión. Luego, HERMINIA se enciende un pito y entonces se da cuenta de que aún no se ha desprendido del mechero. Recuerda lo que le ha pasado por la tarde. Ha sido muy fuerte. Quiere contárselo a CELIA.)

Hoy he visto un muerto.

CELIA.- **(Baja el volumen del televisor. Fastidiada.)** ¡Qué!

HERMINIA.- Que he visto un muerto.

CELIA.- ¿Un muerto?

HERMINIA.- Sí. En el hotel. He entrado a hacer la cama en una habitación y me lo he encontrado tendido en el suelo, boca abajo.

CELIA.- ¿Y estaba muerto?

HERMINIA.- Un infarto.

CELIA.- ¿Y qué has hecho?

HERMINIA.- Lo he tapado con una sábana. Luego he oído un ruido en el aseo. Y entonces ha salido otro hombre con una toalla agarrada a la cintura y el pelo mojado hacia atrás. Me ha preguntado que si en el hotel no ponían esas botellitas de gel y champú. Le he dicho que sí, pero que si no había, que llamara a recepción.

CELIA.- ¿Ha llamado?

HERMINIA.- Sí.

CELIA.- ¿Y qué le han dicho?

HERMINIA.- Que se las subirían más tarde, supongo. Después me ha sonreído y se ha vestido. No hemos hablado. Se ha puesto una chaqueta y se ha ido.

CELIA.- ¿Era guapo?

HERMINIA.- Sí. Llevaba el pelo hacia atrás.

CELIA.- ¿Moreno?

HERMINIA.- Sí.

CELIA.- ¿Y ha salido sólo con una toalla?

HERMINIA.- Sí. Y me ha sonreído.

CELIA.- Seguro que sabía que estabas allí y por eso ha salido con una toalla.

HERMINIA.- Seguramente. Lo hacen muchos.

CELIA.- ¿Y no te ha dicho nada? ¿Nada en absoluto?

HERMINIA.- No. Bueno, sí: cuando se estaba poniendo las botas me ha preguntado por una calle. Luego ha abierto la nevera y ha cogido una botella de *White Label* de esas pequeñas. Se ha sentado y la ha abierto. Me ha ofrecido. Nos la hemos bebido.

CELIA.- Entonces, sí que has hablado con él.

HERMINIA.- Cuatro palabras. Me he encontrado una caja de lentillas y un encendedor, pero las lentillas no estaban.

CELIA.- Las llevaría puestas.

HERMINIA.- Sí.

CELIA.- ¿Qué edad tendría?

HERMINIA.- ¿Quién?, ¿el muerto?

CELIA.- No, el otro.

HERMINIA.- Treinta y algo.

CELIA.- No está mal. ¿Era de aquí?

HERMINIA.- No. Aunque yo creo que le he visto en alguna parte.

CELIA.- ¿No te ha hablado del muerto?

HERMINIA.- Sí, claro. Me ha dicho que había sufrido dos amagos. Y que era muy simpático.

CELIA.- ¿Y qué más?

HERMINIA.- Nada. Me ha preguntado por el trabajo.

CELIA.- Entonces es que no sabía qué decir.

HERMINIA.- No, parecía muy interesado.

CELIA.- Cuando un hombre te pregunta sobre tu trabajo es que no le interesas.

HERMINIA.- El muerto estaba casado. He visto la alianza sobre la mesilla.

CELIA.- Venga, Herminia, no te engañes. En los planes de ese tío tú no tienes cabida.

HERMINIA.- ¿Qué te pasa?, ¿tienes envidia?

CELIA.- ¿Envidia de qué?

HERMINIA.- De que se haya fijado en mí.

CELIA.- No se ha fijado en ti, sólo intentaba ser amable. **(Se da cuenta de que HERMINIA tiene algo en la mano derecha, algo que acaricia suavemente. Se lo coge, lo observa.)** ¿Es éste el encendedor?

HERMINIA.- Sí. Creo que se había fumado un cigarrillo antes de morir, porque había un par de colillas en un cenicero, al lado de la cama. ¿Y tú cómo lo sabes?

CELIA.- Mujer, se ve claramente que es un encendedor.

HERMINIA.- Que cómo sabes que no se ha fijado en mí.

CELIA.- Porque no se ha fijado.

HERMINIA.- Ah, ¿sí? ¿Es que estabas allí?

CELIA.- No, pero...

HERMINIA.- Entonces. Me ha visto cómo comprobaba que el hombre del suelo estaba muerto y cómo lo tapaba con una sábana, y le he parecido una mujer interesante. Por eso ha salido envuelto en una toalla. Seguro que si le doy unos cuantos golpes en el esternón al cadáver, esta noche quedamos.

CELIA.- (Irónica.) Seguramente.

HERMINIA.- Pues sí. Lo que no entiendo es por qué lo pones en duda.

CELIA.- No lo pongo en duda. Igual lo ves otro día.

HERMINIA.- Seguro. Se le había despegado la dentadura postiza.

CELIA.- ¿Llevaba dentadura postiza?

HERMINIA.- El muerto. Oye, ¿tú sales con alguien ahora?

CELIA.- ¿A qué viene eso?

HERMINIA.- A nada.

CELIA.- No, no salgo con nadie.

HERMINIA.- Yo estoy saliendo con Juan Miguel, el recepcionista. El sábado estuvimos de marcha toda la noche.

CELIA.- Ya me lo habías dicho.

HERMINIA.- Y el domingo me llevó a casa de un amigo suyo multimillonario. Fue un alucine. Lo hicimos en un *jakuzzi*. Es como si follaras en una copa de champán.

CELIA.- ¿En serio?

HERMINIA.- Sí. Pero no sé si me gusta mucho.

CELIA.- ¿El *jakuzzi*?

HERMINIA.- Juan Miguel.

CELIA.- Bueno, eso pasa siempre. Yo salí con uno que no me gustaba nada y duramos año y medio.

HERMINIA.- Ni siquiera había abierto las maletas.

CELIA.- No se pensaría quedar mucho tiempo.

HERMINIA.- Ya. Le he dicho que fuéramos a tomar un café, pero se tenía que marchar.

CELIA.- ¿Te ha dicho que se tenía que marchar?

HERMINIA.- Sí, que tenía un poco de prisa.

CELIA.- Huy, eso es sospechoso.

HERMINIA.- ¿Por qué tienes que ser tan desconfiada?

CELIA.- Es que si invitas a tomar un café a alguien y te dice que no...

HERMINIA.- No me ha dicho que no, me ha dicho que tenía cosas que hacer. Estás celosa.

CELIA.- No estoy celosa.

HERMINIA.- Estás celosa.

CELIA.- A ese tío le importabas una mierda, Herminia. Te ha estado hablando a ti como a cualquiera.

HERMINIA.- Y dale. Es que ni comes ni dejas comer, Celia. ¿No puede ser verdad que el hombre tuviera prisa? Hoy en día, todo el mundo tiene prisa.

CELIA.- Eres una ingenua.

HERMINIA.- Bueno, lo que tú digas.

CELIA.- Mira, Herminia, no te calientes la cabeza: ese tío pasa de ti.

HERMINIA.- Pero, bueno...

CELIA.- La gente es así. Les da la vena y te tratan como si te conocieran de toda la vida. Pero de ahí a que le gustes...

HERMINIA.- ¿Y por qué no le puedo gustar? ¿Es que soy un monstruo?, ¿tengo la lepra?

CELIA.- Si yo tuviera que pensar que cada tío que me habla está interesado por mí, me habría follado a media ciudad.

HERMINIA.- Mira, no te lo pensaba decir porque sé que tú no sales con nadie y que te va a fastidiar, pero ya me he cansado: nos hemos enrollado.

CELIA.- ¿Qué?

HERMINIA.- Que nos hemos enrollado.

CELIA.- ¿Os habéis enrollado?

HERMINIA.- Sí, ¿qué pasa?

CELIA.- Nada, no pasa nada.

HERMINIA.- Me ha dicho que no es de aquí, que es de Ceuta. Y que igual vuelve pronto.

CELIA.- Y después, ¿qué ha pasado?

HERMINIA.- Nada.

CELIA.- ¿Y el muerto?

HERMINIA.- He llamado a una ambulancia. Nada más. Él se ha marchado en un taxi. Creo que tiene dinero.

CELIA.- Mira que si te has enrollado con un mafioso...

HERMINIA.- Mujer, tanto no creo.

(Pausa. En la pantalla, alguien destroza a alguien con una sierra mecánica.)

CELIA.- Herminia...

HERMINIA.- ¿Qué?

CELIA.- ¿Cómo sabes que ha sido un infarto?

HERMINIA.- No sé, me lo he figurado.

CELIA.- Pues a mí me parece raro.

HERMINIA.- ¿Adónde quieres ir a parar, Celia?

CELIA.- No lo sé.

(Un silencio.)

Yo creo que ha sido un subidón de azúcar.

HERMINIA

En un taxi

Al hotel Goya, por favor. Pero vaya por el puerto, me apetece ver el mar. Aunque no sé por qué, si a mí el mar sólo me trae recuerdos tristes. Siempre que veo el mar me acuerdo de Enrique, un novio que tuve hace... ¡Por Dios, hace ya tres años! Parece que lo estoy viendo vestido de marinero a bordo de la fragata Virginia... Estaba tan guapo... La verdad es que me dejó y aún no sé por qué. La cosa se enfrió cuando lo metieron en la cárcel. Pero, la verdad, ése no es un motivo serio...

(El taxista le dice algo.)

No, no mató a nadie; se cansó de la patria y quemó una bandera en cubierta. Luego lo mandaron a otra fragata y desapareció en no sé qué puerto filipino.

¿Sabe lo que le digo? Que no entiendo a los hombres. ¿Usted sí?...

(El taxista le responde.)

No, perdone, no me ha entendido...

(El taxista se molesta.)

Oiga, aquí nadie le ha llamado *maricón*. Imagino que el hecho de ser un hombre no coarta la posibilidad de relacionarse con otros hombres. Me refiero a relaciones de amistad, laborales...

(El taxista se da cuenta de que se ha pasado un poco.)

Bueno, no se preocupe, no tiene que disculparse. ¿Ha leído usted *La tela de araña*?...

(El taxista no suele leer.)

Pues le aconsejo que la lea en cuanto tenga un rato. Trata de una niña que se pierde durante un terremoto en una ciudad japonesa y aparece cerca de Buenos Aires, en un cementerio de coches. Allí encuentra una cadena de oro que resulta ser del director de un periódico francés. Es una historia de amor preciosa. Cuando leí esa novela, estuve más de dos semanas que casi no podía respirar. De la emoción. Bueno, puede que a usted le resulte un poco decepcionante, los hombres tienen otro punto de vista para estas cosas...

(El taxista vuelve a saltar.)

No, no, ni mejor ni peor, sólo digo otro punto de vista. No le puedo explicar con exactitud porque yo jamás he entendido a los hombres de una manera...

(El taxista le pide que aclare.)

Pues, mire, un ejemplo: hace meses que me acuesto con el recepcionista del hotel Goya, que es donde yo trabajo. ¿Cree usted que con él puedo actuar como realmente soy? Nunca me escucha. Siempre habla de lo mismo. Luego, se viste y se va. Una vez fuimos al cine. No me acuerdo de lo que vimos.

El caso es que ni siquiera me invitó después a tomar un café y charlar. Yo sólo quería hablar. Me llevó del brazo directamente a la boca del metro y allí me soltó. Siempre pone la misma excusa: «Es que estoy casado». La verdad es que yo nunca he tenido suerte con los hombres. Por ejemplo, Lucas, mi primer novio, descubrió su homosexualidad justo antes de que nos estrenáramos. Bueno, no he tenido suerte con los hombres ni con nada. A los doce años me nombraron delegada de curso y mis compañeros me dieron una paliza por chivata. A los catorce, en las fiestas de mi pueblo, me cayó un altavoz a la cara y me arrancó un diente de raíz... En fin, no quiero cansarle, pero el caso es que no entiendo a los hombres ni los entenderé. Por eso, en cuanto pueda, me voy a Guanare, a Venezuela...

(El taxista le corrige.)

¿África?, ¿cómo que en África?, ¿Guanare no está en Venezuela?...

(El taxista confirma.)

¿Está usted seguro?...

(El taxista se identifica.)

¿Es licenciado en Geografía? ¡No me diga! (HERMINIA **se hunde un poco.**) Pues por eso le decía que no entiendo a los hombres. Víctor me dijo que Guanare estaba en Venezuela. Víctor es un amigo. Trabaja en una agencia de viajes, iba a conseguirme un billete gratis. Víctor también está casado...

(El taxista fisga.)

Sí, también me acuesto con él. ¿Lo ve usted mal?...

(El taxista no lo ve ni bien ni mal; le importa un bledo, o eso dice.)

¿Cómo es posible que un agente turístico no sepa dónde está Guanare? Que no sepa dónde está Mondoñedo lo entiendo, pero Guanare... Le agradezco que me lo haya dicho; si no, me veo en la otra punta del mundo preguntando por los negritos de Guanare... Creo que lo ha hecho a propósito. Víctor sabe muy bien dónde está Guanare, lo que pasa es que quiere deshacerse de mí, seguro que es eso. ¿Quiere parar por aquí, por favor?... **(Ésa no es la dirección a la que HERMINIA dijo ir.)** Sí, aquí mismo, no importa. Dígame cuánto le debo...

(El taxista se ensaña.)

¿Cuánto?

CELIA

Yo estaba deseando que llegara la Semana Santa porque había un señor que se llamaba Eduardo que me invitaba a ir a su casa, me ponía unas tazas enormes de chocolate caliente y me hinchaba a bollos mojados en chocolate. Después, llamaba a unos amigos suyos, nos quitábamos todos la ropa y lo pasábamos muy bien mientras Eduardo, con una cámara de vídeo, no paraba de grabarnos. Yo, entonces, no lo sabía, pero había mucha gente que pensaba que yo tenía un gran futuro como actriz. Pero lo que más me desagradaba de la Semana Santa eran las comidas de coco de mi tío Modesto. Mi tío Modesto, el cura, era hermano de mi madre. Cuando mis padres se divorciaron, él, que los había casado, se quiso cortar las venas, pero, como estaba tan gordo, le fue imposible encontrárselas y tuvo que desistir. Una vez le pedí que me dejara ser monaguilla suya en la misa del domingo y me soltó tal hostia que estuve tres días viendo borroso. Mi tío Modesto se sentaba a mi lado y empezaba a preguntarme si creía en Dios mientras su mano subía y bajaba por mi muslo. Yo le decía que sí, porque, si no, la hostia era buena, y él añadía: «Sí, creo en Dios», y volvía a hacerme la misma pregunta, y yo volvía a decirle que sí, y él volvía a añadir: «Sí, creo en Dios». Y así hasta que un día a mí se me ocurrió responderle de primeras «Sí, creo en Dios» al tiempo que le agarraba bien del paquete, y entonces él se puso en pie y se marchó a dar una vuelta por el pueblo más alegre que unas pascuas. ¡Ja! No me lo volvió a preguntar más.

¿Se habrá muerto ya el hijo de puta de mi tío Modesto?

HERMINIA

Una noche estaba en mi cuarto y escuché a gritos la siguiente conversación: «Pasa a La 2», dijo mi padre; y mi madre contestó: «¿Qué?» «Que pases a La 2», repitió mi padre; y ella «¿Qué dices?» «¡La 2!», dijo mi padre. «¿Qué?», dijo ella. Y él: «¡La 2!» Y ella: «¿Qué pasa en La 2?, ¿qué coño pasa en La 2?» «Está saliendo un perro», dijo papá. Así que mamá fue a hacerse unos análisis de orina: estaba empeñada en que tenía leucemia. Pero, como no le encontraron nada malo, decidió empezar de nuevo. A mí, por una parte, me daba pena que, después de tantos

años de matrimonio, cada uno se fuera por su lado, pero, por la otra, me parecía perfecto que aquella mujer supiera de una puñetera vez lo que significaba el verbo *vivir*. Al poco, mi padre me dijo que había salido en La 2 un nuevo producto para dejar de fumar, así que yo también decidí marcharme de casa. Mi madre vive ahora con otro. A mi padre lo vi hace poco por la calle y me dijo que él siempre había tenido colesterol y nunca había dicho nada.

LA JAIMA

HERMINIA estaba esperando a un amigo en el cafetín moruno La Jaima cuando **CELIA** ha pasado, la ha visto y ha entrado cargada de bolsas: venía de comprar cereales, una barra de pan, zanahorias y pasta dentífrica. En el instante en que **HERMINIA** le estaba diciendo a **CELIA** que se largara rauda, que estaba esperando a alguien, el camarero, **KEBDANI**, ha llegado, les ha preguntado que qué querían tomar y **CELIA** ha jurado que se bebía el té como un rayo y se daba el dos inmediatamente.

A **HERMINIA** no le ha gustado mucho la idea: ya sabe cómo son estas historias, pero cualquiera le dice que no a la buena de **CELIA**. **HERMINIA** no para de estirar el cuello a ver si se divisa rastro de su amigo. Presta poca o ninguna atención a **CELIA**. Suena una canción del último de Frères Bouchenak: «Les chevaliers du raï».

CELIA.- ¿Cuál es tu marca preferida de condones?

HERMINIA.- ¿Cómo?

CELIA.- Tu marca preferida de condones.

HERMINIA.- No sé.

CELIA.- ¿Durex?

HERMINIA.- Sí.

CELIA.- ¿Te gusta que te la metan con Durex?

HERMINIA.- Sí.

CELIA.- ¿Y con... Control, por ejemplo?

HERMINIA.- También.

CELIA.- ¿Te da lo mismo?

HERMINIA.- Sí.

CELIA.- ¿Te da lo mismo que te la metan con Durex que con Control?

HERMINIA.- Sí.

CELIA.- O sea, que lo que a ti te gusta es que te la metan.

HERMINIA.- Claro.

CELIA.- Y te da exactamente igual la marca.

HERMINIA.- Eso es.

CELIA.- ¡Qué fuerte!

HERMINIA.- ¿Eh?

CELIA.- Que qué fuerte. ¿No sabes que hay marcas que son muy seguras y otras que no lo son en absoluto?

HERMINIA.- Sí.

CELIA.- ¿Y no te importa?

HERMINIA.- Psché.

CELIA.- ¿Cómo que *psché*? ¡Es algo muy importante, joder! Una puede fiarse de Durex, por ejemplo, o de Control, pero no de Caricias o de Morris, que cuesta el paquete de doce cuatrocientas pesetas -o sea, a treinta y tres pesetas el condón- y lo más normal es que te salga el positivo en el análisis del sida. Eso, en el peor de los casos; si no, ya sabes: a pagarle las vacaciones en Sierra Nevada a tu médico abortista... No sé dónde leí que un farmacéutico de no sé dónde se dedicaba a pinchar todos los condones que pasaban por sus manos. ¿De dónde era? Ah, sí: del Opus. (**No está muy segura.**) ¿Opus? Y lo denunció precisamente un tío que había comprado condones para hincharlos como globos y colgarlos de adorno en el cumpleaños de un sobrino. Sí, creo que era del Opus. ¿Tú sabes quién fue Franco?

HERMINIA.- Claro.

CELIA.- ¿Era del Opus?

HERMINIA.- ¿Quién?

CELIA.- Franco.

HERMINIA.- No sé.

CELIA.- Es que también era franquista. El farmacéutico. ¿Tú crees que Franco utilizaría condones?

HERMINIA.- Me imagino.

CELIA.- Pues yo diría que no. Y eso que era Generalísimo. (Sorbo de té.) Así que ya lo sabes: mucho cuidado con los productos de primera necesidad que te endosan como si fueran un auténtico regalo: acaban por cagártela. Yo, cuando me dicen que en tal sitio hay ofertas, dejo de ir para siempre. Se creen que somos gilipollas. (Mira su reloj.) ¿Tienes hambre? Yo tengo un hambre horrible. Horrible. (Saca algo que acaba de comprar en el supermercado.) ¿A ti no te apetece nada?

HERMINIA.- ¿Ha llovido hoy?

CELIA.- No. ¿Por qué?

HERMINIA.- Me había parecido.

CELIA.- Pues no. ¿Y qué si ha llovido?

HERMINIA.- Que entonces es normal que Juancho se retrase. Habrá tenido que dejar la moto en el garaje y vendrá andando.

CELIA.- Pues no, no ha llovido. Yo pensaba que habías quedado con Víctor. O con el recepcionista.

HERMINIA.- No, ya no salgo con ellos. Te lo iba a contar anoche, pero como estuviste tanto rato en el váter...

CELIA.- ¿Has cortado con los dos a la vez?

HERMINIA.- Sí. Con Juan Miguel por aburrimiento: era siempre lo mismo. Y con Víctor por engañarme: me dijo que Guanare estaba en Venezuela.

CELIA.- ¿Y qué?

HERMINIA.- ¿Qué?, ¿te parece poco? ¡El muy cabrón lo que quiere es perderme de vista y ya no sabe qué coño hacer para conseguirlo!

CELIA.- Puede ser. Pero Guanare está en Venezuela. El río y la ciudad.

HERMINIA.- ¿Qué río?

CELIA.- El río Guanare, un subafluente del Orinoco. Mira. (Saca una guía de su bolso.) Y en la cuenca del río Guanare está la ciudad Guanare. Cuando dijiste que igual te ibas allí a enseñar a leer a los indígenas, empecé a informarme. A mí me gusta saber cosas de los sitios adonde voy.

HERMINIA.- ¿Cómo?

CELIA.- Que a mí me gusta saber cosas...

HERMINIA.- ¿Es que también pensabas seguirme hasta Venezuela?

CELIA.- Mujer, no creerías que iba a dejar que te fueras tú sola a enseñar a leer a todos esos negros... Una amiga es una amiga. Además, hace tiempo que quiero ir a Venezuela. Una tía mía se fue allí en el 55. Al principio, la cosa le fue muy bien, montó un hipermercado y ganaba una fortuna. Pero, a partir del 59, todo cambió: cayó el precio del petróleo y la gente empezó a tirarse a la calle por cualquier cosa. A partir de ese momento, prácticamente todos los años había una sublevación militar. Mi tía se vino en el 70. Se había casado con un contable argentino.

HERMINIA.- Entonces, he mandado a Víctor a la mierda sin razón. Y todo por culpa del taxista aquel. Me dijo que era licenciado en Geografía, pero que no había encontrado plaza para ejercer. ¡Pues menos mal! (Pausa reflexiva.) Tendré que llamar a Víctor y reconciliarme con él. Me jode un montón quedar como una idiota, pero... Ah, pues si no viene éste, llamo a Víctor. Vaya que si lo llamo.

CELIA.- Oye, ahora que lo pienso, llover creo que no, pero me parece que sí he visto un par de relámpagos. A lo mejor uno de ellos ha alcanzado a ese Franco y lo ha partido en dos.

HERMINIA.- ¿Qué Franco?

CELIA.- El chico con el que has quedado.

HERMINIA.- Juancho, se llama Juancho. Y me parece que no eres muy buena inventando excusas.

CELIA.- ¿Ah, no? Claro, tú no sabes lo de Paul Auster.

HERMINIA.- ¿Quién?

CELIA.- El escritor. De niño se fue una vez de excursión y estalló una tormenta. Huyendo de los rayos, tanto él como sus compañeros salieron a un claro que estaba aislado por un alambre de púas. Entonces se pusieron en fila y comenzaron a pasar uno a uno por debajo del alambre. Paul Auster se puso detrás de un tal... no me acuerdo. El caso es que, cuando estaba pasando el compañero que iba antes de Auster, cayó un relámpago y dejó frito al chaval.

HERMINIA.- ¿Y qué?

CELIA.- Nada.

HERMINIA.- Entonces, ¿para qué me lo cuentas?

CELIA.- Bueno...

HERMINIA.- Celia, ¿por qué estás contando siempre historias que no vienen a cuento?

CELIA.- ¿Yo?

HERMINIA.- Sí, tú. Acabo de dejar a Víctor estúpidamente, Juancho me está dando plantón, y a ti sólo se te ocurre contarme una historia de *boy scouts*.

CELIA.- No eran *boy scouts*.

HERMINIA.- Me da igual, ¿qué importancia tiene?

CELIA.- Bueno, si Auster hubiera pasado antes que el chaval, aquel relámpago se lo habría cargado a él.

HERMINIA.- Vaya por Dios.

CELIA.- Pues es uno de los mejores novelistas estadounidenses de los últimos tiempos.

HERMINIA.- Ya. Ahora te interesa la literatura americana.

CELIA.- ¡Qué va! Yo sólo estaba hablando de las casualidades de esta vida. A mí lo de Auster me importa una mierda. Quiero decir todo eso de los novelistas y los poetas y los pintores. A mí lo que de verdad me gusta es el cine. Y el automovilismo. ¡Lo de puta madre que tiene que ser conducir un *McLaren* a trescientos por hora! Yo, antes, creía que, a esa velocidad, la desintegración del organismo era segura. Pero mira: Lauda, Senna, Piquet, Nigel Mansell... ¿Te imaginas el mundo a trescientos kilómetros por hora? ¡Debe de ser impresionante, hostia!

HERMINIA.- (Se pone en pie.) Voy a llamar a Víctor.

CELIA.- ¡Suerte!

(CELIA sigue picando. Saca de una de las bolsas una revista de pasatiempos y la extiende sobre la mesa. Busca uno fácil para resolver deprisa mientras espera a HERMINIA. No tiene boli. HERMINIA se ha dejado el bolso sobre su silla. CELIA lo coge, lo abre, busca. Encuentra una agenda pequeña, una tableta de almax y un gran cuchillo de cocina. CELIA lo observa, se descojona un poco y lo devuelve a su sitio. Por fin, encuentra el Blue Mono negro de su amiga. Le quita la capucha y comienza a rellenar casillas.)

HERMINIA

Desde luego, lo de Celia era de tener morro. Llevaba viviendo en mi casa cerca de un mes y, cuando le insinuaba que se buscara un apartamento y lo alquilara, me salía con la historia de que esta sociedad era tela de insolidaria y se ponía a contarme lo mal que la había tratado siempre todo el mundo. Y claro, yo no tenía más remedio que decirle que aquella era su casa y que ya vendrían tiempos mejores. Eso sí: era una tía alucinante. No había una sola pregunta para la que no tuviera respuesta, un mínimo problema para el que no conociese arreglo. Aunque a veces me hartaba con tanta historia y me sentía una ignorante de narices por no saber nada sobre todos aquellos temas que ella dominaba perfectamente. Era entonces cuando me acordaba de cómo la había conocido y me daba por pensar, no sé, que igual era verdad todo eso del destino y las estrellas y los astros, y que Celia era una especie de señal de algo sobrenatural. Claro, luego lo pensaba fríamente y me parecía una gran estupidez.

PARQUE

El cri-cri de un grillo. Luz de luna. Una brisa suave que no desagrada. Perfume de dama de noche y jazmines. La soledad compartida. HERMINIA merodea alrededor del banco, parece que busca algo. CELIA, de vez en cuando, levanta la mirada de su revista y la observa, pero no se extraña demasiado.

CELIA.- ¿Qué haces?

HERMINIA.- Estoy buscando a mi perro.

CELIA.- ¿A tu perro?

HERMINIA.- Lo enterré por aquí.

CELIA.- Ah. ¿De qué murió?

HERMINIA.- De parvovirus.

CELIA.- ¿De qué?

HERMINIA.- Parvovirus. Es un virus que se instala en el animal y en pocas horas lo destroza por dentro. Cuando te quieres enterar, está moqueando, tirado en un rincón, sin fuerzas para levantarse. Entonces, todos los órganos internos se convierten en un agua color chocolate y muere. El caso es que estaba por aquí.

CELIA.- ¿Cómo se llamaba?

HERMINIA.- García. Lo metí en una bolsa de plástico y lo enterré por aquí, al lado de Whisky, el caniche de la vecina.

CELIA.- ¿También murió de parvovirus?

HERMINIA.- No, en un microondas. Era un perro que se constipaba constantemente, así que un día la vecina lo metió en el microondas y lo puso a no sé cuántos grados. El perro estalló como una sandía lanzada desde un quinto piso. Luego, lo metió en un *tupperware* y lo enterró aquí. Cuando murió García, quise enterrarlo cerca de Whisky.

CELIA.- ¡Dios mío, estamos en un cementerio de perros...!

HERMINIA.- Mi madre también compraba todo eso de *tupperware*. Compraba montones y montones de esas cajas de plástico. Todo lo metía dentro y luego se pasaba la vida destapando una tras otra para saber dónde había guardado cada cosa. Un día, buscando el jamón, encontramos dentro la dentadura de mi abuelo y una foto de un tío mío que había muerto hacía muchísimo.

(Un silencio, el ruido de un tubo de escape cruza la avenida. Un hombre pasa corriendo.)

Si lo piensas bien, te das cuenta de que no merece la pena. Nada merece la pena. Al final, siempre pasa lo mismo: te mueres. Y lo peor no es eso. Lo peor es lo otro: saber que todo va a suceder tal y como te lo esperas. Debe de ser horrible agonizar. ¿Tú has pensado en la muerte alguna vez?

CELIA.- Pues claro.

HERMINIA.- Me refiero a tu propia muerte.

CELIA.- Sí.

HERMINIA.- ¿Y?

(CELIA se encoge de hombros: nunca se ha atrevido a imaginar demasiado.)

Yo siempre imagino que me caigo en la bañera y me desnucó. Entonces, vienen los vecinos y me encuentran desnuda. Después, llaman a los bomberos y también me ven desnuda. Más tarde, va pasando la policía, el juez, los enterradores... y todos me ven desnuda. Así que he llegado a una conclusión muy clara: prefiero algo lento, muy lento, a algo muy rápido que me cepille de repente, cuando más cosas tenga por hacer. Pero que no se sufra. No creo que pudiera soportar el dolor.

CELIA.- Ah, pues yo, si se pudiese elegir la forma de morir, no me lo pensaría dos veces: robaría uno de esos coches con cientos de caballos y montones de válvulas y me pondría a trescientos por la autopista hasta darme de frente contra el peaje, o hasta que Dios mismo agitara la bandera a cuadros. ¿Tú crees en Dios, Herminia?

HERMINIA.- Sería maravilloso que el médico te dijera: «Va a morir usted el quince de octubre del año que viene, a eso de las once y media». Y que entonces tú pudieras planificarte las cosas con tiempo: acabas lo que tienes a medias, te despides de tus amigos, de tu familia... y el quince de octubre, a las once de la noche, te metes en la cama a dormir sin preocuparte ya del despertador y con todo gestionado. Mujer, tampoco sería la fórmula perfecta, pero, desde luego, mucho menos traumático que lo que sucede de verdad.

CELIA.- Ah, te refieres a que te digan que tienes cáncer y...

HERMINIA.- ¿Cáncer? No no, ni pensarlo: algo sin dolor. Algo que no te enteres de nada, que sepas sobre seguro que te acostarás a dormir y ya no despertarás nunca. Si las cosas fueran así de sencillas, ahora mismo me lo replanteaba todo: cogía el dinero que tengo ahorrado y llenaba mi casa de tabaco y botellas de ron cubano, e invitaba al barrio entero, incluso a Aracil.

CELIA.- ¿A tu jefe? Yo no invitaría jamás al mío, todo lo contrario: sigo pensando en estamparle una lata de aceite en la cabeza, sacar el dinero de la caja y quemar la gasolinera con él dentro. Y largarnos bien lejos.

HERMINIA.- El dinero no tiene importancia. Es lo que decía Camarón.

(A CELIA se le viene a la mente entonces una de esas de Camarón. Mientras, HERMINIA sigue en lo suyo.)

¿Te das cuenta de una cosa?

(CELIA no contesta, mira hacia el infinito e intenta recordar la siguiente estrofa.)

Llevamos más de un mes viviendo juntas...

CELIA.- Un mes y doce días.

HERMINIA.- ¡No jodas! ¿Llevas la cuenta exacta?

CELIA.- Por supuesto.

HERMINIA.- ...y todavía no sé cuándo cumples años.

CELIA.- ¿Y para qué quieres saberlo?

HERMINIA.- Para hacerte un regalo, naturalmente.

CELIA.- ¿En serio?, ¿qué regalo?

HERMINIA.- Ah.

CELIA.- Venga, Herminia, dímelo.

HERMINIA.- No sé, aún no lo he pensado.

CELIA.- Dímelo, dímelo.

HERMINIA.- Que no lo sé, de verdad, que se me acaba de ocurrir ahora. Además, sigo sin saber cuándo los cumplés.

CELIA.- Mañana.

(HERMINIA ríe incrédula.)

Bueno, no: la semana que viene, el lunes.

(HERMINIA la mira.)

¿El mes que viene?

(HERMINIA niega con la cabeza y una sonrisa.)

Está bien: el seis de diciembre.

HERMINIA.- O sea, que eres... (Piensa en el horóscopo.)

CELIA.- (Concluye.) Gilipollas.

(Se ríen. CELIA arranca de nuevo por donde dejó la letra. HERMINIA se suma, pero, poco a poco, baja su mirada hasta el suelo. De repente, una lágrima solitaria cruza la llanura de su mejilla. CELIA la ve caer y estrellarse contra los pantalones de HERMINIA y hacerse mil pedazos.)

HERMINIA.- Celia...

(CELIA no contesta, sigue cantando bajito, al margen de HERMINIA y de los camiones que se están echando otro trago de basura.)

Celia, no me quiero morir.

CELIA.- No te preocupes: no te vas a morir.

HERMINIA.- ¿Cómo?

CELIA.- No te vas a morir nunca.

HERMINIA.- ¿Tú crees?

CELIA.- (Sonríe.) Tengo mis dudas.

(Cantan: «Dicen de mí, ¡ay!, que si estoy vivo o muerto...».)

CELIA

El tío del hotel, el de la toalla agarrada a la cintura que acabó enrollándose con Herminia, se llamaba Mariano Viñas. Su cara estaba en todos los periódicos. Era un matón. Lo buscaban por haberse cargado a un par de tíos. El muerto del infarto era un empresario gallego. Con dos hijos. Y no había muerto de un infarto: el tal Mariano Viñas lo había estrangulado mientras dormía. Cuando Herminia me leyó la noticia, me puse histérica. Le dije que se había convertido en la amante de un asesino. Una de las dos, no recuerdo quién, se acordó del encendedor que Herminia había cogido de la habitación del hotel. Podía ser una prueba. Podrían inculparnos si lo encontraban en nuestro poder. Pensé que lo mejor era quemarlo, pero Herminia me dijo que eso era una locura, porque podía explotar y seguro que la onda expansiva nos destrozaba en mil pedazos. Entonces se me ocurrió que no estaría mal colocárselo disimuladamente a Aracil, el jefe de Herminia, que no paraba de acosarla sexualmente, a ver si la poli lo trincaba con una prueba irrefutable del crimen y lo metían en la cárcel treinta o cuarenta

años. ¡Por baboso! Herminia dijo que no, yo que sí, ella que no, yo que sí, y, al final, decidimos que lo mejor era ir al cine.

CINE

Oscuridad de la sala. Reflejos de luz sobre las caras de CELIA y HERMINIA. Miran atentas a la pantalla. CELIA sostiene un enorme paquete de palomitas, no para de comer.

CELIA.- (Señalando a la pantalla.) En realidad, no está muerto. Ella cree que la sangre del ojo es por la bala, pero sólo le ha rozado.

HERMINIA.- No me lo esperaba.

CELIA.- No se lo espera nadie; viene ahora.

HERMINIA.- Me refiero a lo del tío del hotel.

CELIA.- ¿Qué tío?

HERMINIA.- El matón del hotel, Mariano Viñas.

CELIA.- (Señalando a la pantalla.) Mira, le pegan un tiro en el estómago y se sienta tranquilamente en el sillón, como si nada, a desangrarse como un cerdo en una matanza.

HERMINIA.- Tendría que dejar el hotel, pero no sé. El jefe está tan empeñado en follar conmigo...

CELIA.- Pues, adelante.

HERMINIA.- ¿Con un tío así? No puedo, me da asco.

CELIA.- Más asco da quedarse en el paro. **(Por la película.)** Está estropeando toda la tapicería del coche con la sangre. **(A HERMINIA.)** Mira, le pides que te invite a cenar en una *suite* del hotel, lo pones caliente con un par de miraditas y luego, cuando vaya al servicio...

HERMINIA.- ¿Y si no va al servicio?

CELIA.- Tendrá que mear o cepillarse los dientes, ¿no?

HERMINIA.- Ese tío no se ha cepillado los dientes en la vida.

CELIA.- Como Mao Tse-Tung. El tío no se cepilló los dientes jamás. Sólo se los enjuagaba con té verde, así que tenía la dentadura de color moho. Y además, estaba convencido de que el flujo de las chinitas le alargaba la vida, por eso se acostaba con tantas.

(HERMINIA **sonríe incrédula.**)

Oye, que lo leí en una revista. Lo decía su médico personal. Pero yo creo que todo eso no es más que sucia propaganda capitalista. ¿Y qué? ¿Debemos dejar de creer en la democracia y en la libertad por culpa de que Washington se tirara pedos o Kennedy se calzara a Marilyn? Un tío mío, por ejemplo: se llamaba Modesto y predicaba el amor al prójimo como a uno mismo, pero nos soltaba unas hostias cuando hacíamos alguna travesura que ni Foreman en persona. Bueno, pues eso no cambió en absoluto mi concepto de la religión: me parecía una mierda y me lo sigue pareciendo.

HERMINIA.- Bueno, tía, vale ya. Eso no tiene nada que ver con mi problema.

CELIA.- ¿Qué problema? ¡Ah, sí! El director del hotel.

HERMINIA.- Aracil.

CELIA.- Ya. Bueno, sólo tienes que... **(Por la película.)** Ahora es cuando le corta la oreja y se pone a bailar como Elvis... **(A HERMINIA.)** Bueno, pues, cuando vaya al servicio, tú le dices que le acompaña. Él se pondrá a cien pensando en hacerte alguna porquería de las suyas en la bañera, y cuando estéis dentro del váter, le machacas el cráneo en la taza o contra la pared o contra el bidé. El tío se convulsionará un poco, pero tú, hasta que salga sangre, dándole, ahí. Luego le arrancas la lengua.

HERMINIA.- ¿Por qué?

CELIA.- Porque así pensarán que ha sido un sicópata. **(Por la película.)** Mira, ahora viene lo mejor: le pegan un escopetazo y le arrancan la mano. Él se pone a buscarla, pero aparece un perro y se la lleva en la boca. De todos modos, ahora mismo le van a pegar tres tiros en el estómago, así que ni puñetera falta que le hace la mano. Iban a robar un banco. Hay que ser gilipollas.

(A HERMINIA.) Llévate un cuchillo por si acaso. Se lo clavas en el cuello, no durará ni cinco minutos. Luego, desaparece. Hay que tener cojones para hacer algo así.

HERMINIA.- ¡Joder! Pues claro.

CELIA.- Me refiero a la película: un mechero, un bote de laca y a tomar por culo la cara del tío. Oye, ¿por qué no haces eso? Le dices que lo vas a peinar y lo quemas de arriba abajo.

HERMINIA.- ¿Y por qué no lo haces tú?

CELIA.- Porque no puedo.

HERMINIA.- ¿Y por qué no puedes?

CELIA.- Estoy en contra de la violencia.

HERMINIA.- En serio: ¿por qué no me ayudas?

CELIA.- Porque no tengo tiempo.

HERMINIA.- Por favor.

CELIA.- Tengo que robar la gasolinera.

HERMINIA.- ¿Vas a robar la gasolinera?

CELIA.- Seguramente.

HERMINIA.- No me lo creo.

CELIA.- Yo me lo he empezado a creer esta mañana, cuando me han echado.

HERMINIA.- No me lo habías dicho.

CELIA.- Pues ya ves. Y me alegro: estaba hasta el coño de ver a ese cabrón matándose a pajas a todas horas. No hace otra cosa en todo el día. Oye, nos estamos perdiendo la película. Ahora es cuando le colocan al niño la bomba en el estómago y salta en pedazos. La madre, que está detrás, recibe parte de la metralla y pierde ambos brazos, que van a parar al escaparate de la tienda de comestibles. Mira, fíjate.

(HERMINIA y CELIA suspenden la conversación y se fijan en la pantalla. Comienzan a escucharse los diálogos de la película, la banda sonora.

Se trata de *Angst*, una cinta austríaca de Gerald Kargl y protagonizada por Erwin Leder. cuyo título ha sido traducido al español como *Fear, la angustia del miedo*. El protagonista, un psicópata, persigue a una mujer vestida de negro por un pasadizo en penumbra. Se escucha la respiración fatigada de la mujer, la del hombre. La mujer, horrorizada, grita; su perro salchicha ladra. El asesino le da alcance y la cose a puñaladas: cinco, diez, quince puñaladas. La mujer ha caído al suelo y el tipo está ahora sobre ella, rematando la faena. La hoja sigue entrando en el cuerpo y la sangre brota a mares. No es muy agradable el sonido de un cuchillo rasgando carne humana. El terror ante lo que está viendo se dibuja perfectamente en el rostro de HERMINIA, una sonrisa en el de CELIA.)

CELIA.- Es una buena película, sí señor. Ah, que no se te olvide dejar el mechero en la habitación para que piensen que ha sido el matón ese, ¿cómo se llama?... Mariano Viñas. ¿Te pasa algo, Herminia?

(Pero HERMINIA no puede contestar: se lo impide una arcada terriblemente espesa. Toma el paquete de palomitas, que aún está a medias, de CELIA. Descarga.)

HERMINIA

¿Cree que soy imbécil? ¿Cree que no me he dado cuenta? ¡Si se pasa la vida restregándose en mi culo por los pasillos! Pero, ¿cómo quiere que me vaya con usted tan siquiera a la esquina si es un macarra de mierda chuloputas con las comisuras llenas de saliva? No me voy a ninguna parte con usted por la sencilla razón de que no le aguanto. Estoy harta, ¿me entiende?, ¡completamente harta! Como vuelva a decirme algo otra vez, como vuelva a tocarme en el pasillo o como vuelva a proponerme algo que no sea referente a este hotel y a las camas que yo hago, le aseguro que se come esta bayeta que ha limpiado más de mil quinientos retretes de este puto hotelucho de mierda. ¿Me ha entendido, Aracil?

Eso es lo que tenía que haberle dicho a ese cerdo.

CASA

CELIA.- ¡Menuda mierda! No he tenido cojones, tía. (**Se agarra la garganta.**) Se me han puesto aquí. Estuve toda la mañana en el bar de enfrente, dándole vueltas a la historia. Lo tenía todo planeado, todo. Lo había repasado mil veces: lo dejaría K. O. con una lata de aceite y me llevaría el dinero. Pero, cuando iba hacia la gasolinera, no sé qué coño se me vino a la cabeza y me puse a pensar en las putas huellas dactilares. Me puse a pensar en las putas huellas y me acojoné. Así que me di la vuelta y eché a correr. A correr como una cagada de mierda. ¡Me cago en mi puta madre!... Por lo menos habría medio kilo en la caja. ¡Medio millón, coño! Medio millón que era nuestro ¡Podríamos tener una buena pasta si no fuera porque...! (**Acaba de darse cuenta de que HERMINIA entró hace un rato con una maleta.**) ¿Qué estás haciendo?

HERMINIA.- Las maletas.

CELIA.- ¿Por qué?

HERMINIA.- Nos vamos.

CELIA.- ¿Adónde?

HERMINIA.- No lo sé.

CELIA.- ¿Y por qué nos vamos?

HERMINIA.- Aracil se ha muerto.

CELIA.- ¿Y por eso tenemos que irnos? Por eso deberíamos estar haciendo una fiesta. (**Se sienta tranquila.**) ¿De qué se ha muerto?

HERMINIA.- Lo he matado yo.

(**CELIA se ríe, cree que HERMINIA está siguiendo su broma del cine, pero HERMINIA se queda mirándola fijamente, muy en serio, con una media metida hasta el codo a punto de ser guardada en la maleta.**)

CELIA.- ¿Qué?

HERMINIA.- Lo que has oído.

CELIA.- Venga, va, dímelo en serio, ¿qué ha pasado?

HERMINIA.- Ya te lo he dicho: lo he matado. Desangrado como un cerdo.

CELIA.- ¿Quieres quedarte conmigo o qué?

HERMINIA.- No. Lo he matado, Celia.

CELIA.- Vamos a ver, vamos a ver, tranquila, no te pongas nerviosa. ¿Qué ha pasado?

HERMINIA.- Yo estaba limpiando la 315. En eso, él entra, cierra la puerta, se guarda la llave y se sienta en una butaca. El tío sigue mirándome con cara de imbécil mientras yo limpio. Luego me dice que mire debajo de la cama por si se han dejado algo. Yo me agacho como una idiota, echo un vistazo, y ahí siento que me meten una mano en el culo, así que me levanto de un salto, pero me pego con la cama en la cabeza. Entonces, Aracil me toma por detrás y me dice algo de su polla, no sé, no me entero muy bien por el golpe de la cama, pero me doy cuenta de que me está llenando la oreja de sus babas y estaba desabrochándomelo todo, tocándome por todas partes, quitándome la bata y qué sé yo... Creo que ya tenía las bragas en las rodillas. El caso es que me da mucho asco y le pego un codazo y me alejo de él lo que puedo, pero me agarra del brazo y me empotra contra el armario. Suerte que no estaba la llave puesta; si no, me habría pasado como a Marta, la amiga de mi madre, que se dio con la llave en la nuca y ahí la tienes: enterrada. Luego, Aracil vuelve a la carga y yo le doy con los puños. Le habría arañado la cara, pero como me como las uñas, pues me jodo. Él se cabrea, empieza a darme, y luego yo a él, y él a mí, y etcétera. Así hasta que me da un golpe en la boca del estómago que me quedo sin respiración. Él aprovecha y me tira al suelo y se tira luego sobre mí. Yo no podía moverme, no podía hacer nada, pero veo el bote de abrillantador cerca, lo cojo como puedo y se lo echo todo a la cara. Él se levanta dando berridos y se va directo al baño. Yo me pongo a buscar la llave de la habitación como una loca y, en eso, oigo un ruido enorme de cristales y a alguien cayendo al suelo. Me quedo quieta un rato esperando. Luego voy al baño con el bote de abrillantador, por si acaso, y me encuentro el suelo encharcado de sangre y a Aracil boca abajo y lleno de cristales.

CELIA.- ¿Seguro que estaba muerto?

HERMINIA.- Seguro.

CELIA.- Vaya.

HERMINIA.- Yo lo maté. Soy una asesina, Celia.

CELIA.- Pero, vamos a ver: ¿no se dio él solito con la mampara del baño?

HERMINIA.- Sí...

CELIA.- Entonces, no tienes de qué preocuparte: ha sido un accidente.

HERMINIA.- ¿Accidente?

CELIA.- Como mucho, homicidio involuntario. No te caerían más de tres años. Eso contando que lo descubran.

HERMINIA.- Claro que lo descubrirán. Mis huellas están por todas partes.

CELIA.- Bueno, es normal: tú trabajas allí.

HERMINIA.- ¿Tú qué eres?, ¿criminóloga?

CELIA.- Sólo intentaba ayudar.

HERMINIA.- ¿Ayudar? ¿Y tú? ¿Qué estabas haciendo? ¡He estado esperándote más de media hora!

CELIA.- Estaba intentando robar una gasolinera.

HERMINIA.- ¡No me jodas! ¿Lo has hecho?

CELIA.- No.

HERMINIA.- ¿No?

CELIA.- Pues no. Además, menos mal que no lo he hecho. Con lo tuyo, tenemos bastante. La verdad es que lo mejor es que te largues.

HERMINIA.- ¿Cómo que me largue? Será que nos larguemos. ¿O es que piensas dejarme en la estacada?

CELIA.- Pienso en el dinero, Herminia.

HERMINIA.- ¿Qué dinero?

CELIA.- El que no tenemos para poder hacer un viaje así.

(HERMINIA saca unos billetes de su monedero. CELIA coge y comienza a contar, cara de jodienda.)

Con esto no hay ni para ir a la manzana de enfrente.

HERMINIA.- He llamado a Víctor.

CELIA.- ¿A Víctor?, ¿para qué?

HERMINIA.- Nos va a conseguir un par de pasajes de última hora.

CELIA.- Sí, pero...

HERMINIA.- Pero, ¿qué? Nada de peros. Ya está decidido.

CELIA.- ¿Decidido? Lo has decidido tú sola. A lo mejor hay algún inconveniente, ¿no?

HERMINIA.- ¿Cuál?

CELIA.- Pues, por ejemplo, que llevo años de aquí para allá, viviendo en un sitio y luego en otro y luego en otro. Hace tiempo que no paso seis meses en la misma ciudad.

HERMINIA.- ¿Y qué?

CELIA.- ¡Pues que ya estoy hasta el coño de esa vida!

HERMINIA.- ¿No me digas?, ¿en serio? Pues mira: yo, cuando era pequeña, vivía en un piso once y tenía un *hamster*. Un día salí al balcón y lo dejé caer en paracaídas, pero no llegó a abrirlo.

CELIA.- ¿Y qué?

HERMINIA.- ¿Y qué? Pues que ya estás haciendo las maletas de una puta vez. Rápido.

AVIÓN (1)

CELIA lee un periódico.

Papá Noel, los Reyes Magos, la Epifanía del Señor... Ésos sí son temas para discutir largo y tendido. Siempre supe que los Reyes eran los padres y que Papá Noel nunca tuvo trineo. Ni siquiera renos. Todo era un cuento. Pero mis padres insistían,

insistían, y yo no tuve más remedio que creerles. O de hacer como que les creía. Como a mi tío Modesto, el cura. Con eso me pasa lo mismo que con Herminia. Ella me dijo que Aracil se había degollado con la mampara del baño y la creí. A pies juntillas. No le he vuelto a hablar de aquel tema desde entonces. A pesar de ciertas lagunas de su relato. Incluso a pesar de que aquel día en que subimos al avión y me ofrecieron un zumo de naranja y el periódico, leí en la sección de sucesos la noticia de que habían encontrado a Juan Antonio Aracil Roche, de treinta y cuatro años de edad, director del Hotel Goya, tapado con una sábana, con heridas múltiples de arma blanca (al parecer, un cuchillo de cocina). También decía el periódico que la muerte podía estar relacionada con el crimen de Mariano Viñas, o que era por un ajuste de cuentas, o por un asunto de drogas, o, simplemente, lo habían matado porque les había dado la gana. De todos modos, y aunque lo ponía en la prensa, yo seguí creyendo a Celia. Al fin y al cabo, Herminia es mi mejor amiga, mi única amiga.

AVIÓN (y 2)

CELIA.- ¿Nerviosa?

HERMINIA.- No.

CELIA.- No te preocupes, no pasa nada.

HERMINIA.- Ya.

CELIA.- Lo peor es el aterrizaje. Del resto ni te enteras. No te preocupes.

HERMINIA.- No lo hago.

CELIA.- Y pega bien los riñones a la butaca. Cuando despega, te da la sensación de que vas a salir disparada por el culo del avión, y que el fuselaje te va a seccionar las piernas, y que vas a estar más de tres horas tirada en la pista, rodeada de cadáveres, esperando a que se den cuenta de que estás viva y te recojan. Pero no pasa nada.

HERMINIA.- Vale.

CELIA.- Y si no cuando dicen que te abroches el cinturón, que no fumes, que faltan unos minutos para tomar tierra... y se pega un cuarto de hora o veinte minutos dando vueltas y vueltas porque no dan permiso para aterrizar. Entonces sí que te acojonas. Empiezas a pensar que apenas si le queda gasolina al puto avión y la hostia es más que segura, y que van a recoger tus pedacitos por toda la provincia... Entonces, sientes unas punzadas en el ano...

HERMINIA.- Oye, Celia...

CELIA.- ¿Qué? ¿Estás nerviosa?

HERMINIA.- No. Pero te agradecería que te callaras de una vez.

CELIA.- Perdona. Igual te estaba poniendo nerviosa.

(Instantes de silencio que a CELIA le parecen siglos. No puede más.)

Oye, Herminia, ¿tú crees que nos cogerán?

HERMINIA.- ¿Por qué no te levantas y lo dices por el micrófono?

CELIA.- ¿Qué nos harían? **(Silencio.)** Nos torturarían, nos pegarían un tiro en la nuca y nos enterrarían bajo cincuenta kilos de cal.

HERMINIA.- ¡¿Quieres callarte?!

CELIA.- Oye, Herminia, ¿tú crees en la reencarnación? Ya sabes, eso de que, después de la muerte, volvemos a vivir la vida convertidos en otra persona o en un animal...

HERMINIA.- Sé perfectamente lo que es la reencarnación. Y no, no creo en ella.

CELIA.- Yo tampoco.

(HERMINIA vuelve a mirar a través de la ventanilla. Observa un avión de la compañía Aeroflot que está siendo remolcado por un extrañísimo vehículo. La voz con acento caribeño de la azafata: «Señoras y señores: la tripulación del vuelo tres uno tres de Viasa les da la bienvenida y les desea que tengan un feliz vuelo. El comandante Mario García nos informa de que volaremos a unos diez mil metros de altitud y llegaremos a Caracas hacia las dieciséis treinta, hora venezolana. Por favor, apaguen sus cigarrillos, pongan en vertical los respaldos de sus asientos, abróchense los cinturones y cierren sus bandejas: vamos a despegar en unos segundos. Gracias». Luego lo repite en inglés.)

Herminia...

HERMINIA.- (Cargándose de paciencia.) ¿Qué, Celia?

CELIA.- Una vez te pregunté si creías en Dios, y no me respondiste.

HERMINIA.- ¿No lo hice?

CELIA.- No.

HERMINIA.- ¿Y qué?

CELIA.- No, nada.

(Un silencio. Pero CELIA no desiste ante la posibilidad de que su amiga HERMINIA le desvele a ella, precisamente a ella, una simple actriz infantil de películas porno uno de sus mayores secretos.)

Herminia, ¿crees en Dios?

(El avión levanta el vuelo.)